



Votar o no votar, votar sí o votar no, se ha convertido en algo más que un simple acto ritual.



Que la juventud se apunte al "pasotismo" será dañino y grave, pero no es del todo incomprensible.

PARECE que no es tarde. Parece que los acontecimientos de los últimos días, una forma de negativismo activo, está alertando a los que esperaban que el Gobierno de este país se lo diese ya todo hecho. Hay unas vísperas de referéndum: están siendo dramáticas, pueden llegar a serlo aún más, y estamos frente a una prueba que puede considerarse como muy importante. Votar o no votar, votar sí o votar no, se ha convertido en algo más que en un simple acto ritual que hay que cumplir. Puede ocurrir que el mismo hecho de decidirse a votar una Constitución mal hecha, en la que la vida real del país apenas traspasa una capa de verbosidad mal utilizada y de eufemismos poco explícitos tenga, al fin, un cierto sentido: el sentido de formar en una oposición contra la oposición más negativa que puede existir.

LA conciencia de la España de la indiferencia puede dar una respuesta concreta a la España de la bomba y del desmán, a la España de la espada de Damocles eternamente colocada sobre nuestras cabezas. Debe meditar en estos días que hay una forma de "pasotismo" que no es solamente la de una juventud abandonada y marginada, sino la de muchos adultos que están perplejos y que no ven con claridad las situaciones por venir. Deben reflexionar estos adultos en que la democracia son ellos mismos, y que su defensa, y no sólo ante las urnas, sino ante los problemas de la vida diaria, es un riesgo que están corriendo ellos mismos y que están haciendo correr a la generalidad del país. ■

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

NO CREA USTED EN SI MISMO. NI EN LOS DEMAS

Cómo los izquierdistas de toda la vida se aprestan a votar una Constitución monárquica, cómo los monárquicos de siempre están dispuestos a votar en contra, cómo quienes odian toda su vida el sistema de referéndum porque es antidemocrático y un arma autocrática lo defienden ahora a capa y espada y cómo los que supieron utilizarlo para escamotear la democracia lo están negando son algunos de los capítulos más interesantes del desarrollo político español actual.

Todo tiene, bien visto y bien analizado, sus razones. Pero todo ayuda también a crear un español confuso y atónito que se va quedando descerebrado ante tanta pequeña y grande rareza, y tanto golpe de Estado, y tanto periodista por el camino triste del Juzgado de guardia, mientras los grandes ultras asoman su rostro a la pantalla de la televisión, cuando ni siquiera tienen representación parlamentaria; los ultras que, odiando los partidos, se convirtieron en uno; renegando las elecciones, se presentaron a ella, y, enemigos del Parlamento, lo añoran, mientras los parlamentaristas, sufragistas de toda la vida se encuentran incómodos con partidos, Parlamento y elecciones.

¡Felices aquellos tiempos en que se podían tener ideas para toda la vida! Los fabricantes de muebles le decían a uno que sus productos le durarían hasta la muerte, los sastres aseguraban que sus trajes serían tan eternos como la piel, los zapateros vendían zapatos irrompibles y los ideólogos nutrían al ciudadano ideas que "mamaba" —se solía decir— de sus padres y le acompañaban hasta la tumba. Todavía quedan algunos de esos viejos ejemplares, últimos diádocos en el camino triste de la extinción.

La sociedad de consumo realiza objetos fugaces, para que uno no se aburra de verlos demasiado tiempo, para que uno los cambie antes de que se estropeen, por otros que son iguales, pero al mismo tiempo son distintos. Es la sociedad de consumo. La política de consumo nos fabrica coyunturas, oportunidades, tácticas y estrategias que nos sirven para el día. Vamos viviendo al día, sin tiempo para pensar un futuro. Se han roto las perspectivas, se han desmenuzado los programas vitales. Pensamos al día una verdad, nos aferramos a ella. Mañana no nos servirá. Nos darán otra antes de que se haya estropeado la nuestra: no estaremos seguros de si es la misma levemente modificada con alguna lucecita más, un cambio de carrocería y un delicado cenicero, como pasa con los coches que cambiamos.

Ellos, los grandes, nos van dando su lección. Aquel, este político que juraba que sabía por dónde tentamos que ir, nos dice hoy que ya lo sabe mejor, y que tenemos que ir por otro camino para llegar al mismo sitio. ¿A qué sitio? A la felicidad por esta tierra. Poco más o menos, todos nos indican el mismo final de recorrido. Extraño maratón.

Asumamos nuestras contradicciones. Seamos lo contrario de lo que somos para poder ser lo que somos; traicionémonos un poco para poder ser leales con nosotros mismos.

Parece que así va funcionando la vida, ahora, en España. Y en el resto del orbe, donde sólo siendo maoísta se puede borrar el recuerdo de Mao, donde sólo siguiendo la senda de los derechos humanos de Carter se puede machacar los derechos humanos en Irán. ■

POZUELO